



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9906

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

JUEVES 8 DE NOVIEMBRE DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Co-responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

M. LEONIE BROTTIN

Modista de Sombreros de París

Todos los días hasta fin de Noviembre,
FONDA FRANCESA

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola
Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, leñones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

Los atentados contra Alejandro III.

La suerte de los Reyes parece envuelta en un velo; así se ve, como apuntado á la mayor de las hipótesis, (esto es como un rey); pero la existencia de los Monarcas no es tan dichosa como se cree. Muchos de ellos á no retenerlos la conciencia de sus deberes, hubieran cambiado con gusto los esplendores del Trono por la aurea mediocritas del poeta, por una vida obscura, pero sossegada y tranquila.

Alejandro III era uno de esos Soberanos para los cuales la Corona es una carga pesada. Para él, los momentos más felices eran los que pasaba en Dinamarca, haciendo

vida de familia, alejado de las preocupaciones y de los continuos cuidados que le asaltaban en sus palacios de Rusia. Se ha dicho, y no es inverosímil, que en la enfermedad que ha conducido al Czar á la tumba han influido mucho, por una parte, el trabajo excesivo que le imponían los negocios públicos, cuya resolución no quería dejar á sus ministros, y, por otra, la constante tensión de espíritu producida por los atentados que varias veces pusieron en peligro su vida y la de su familia.

Nunca olvidó el Emperador aquella trágica escena del desbaratamiento de Borki, en que el tren Imperial quedó destrozado, la Gran Duquesa Olga, una de las hijas del Czar, rodó por un talud de la vía, mientras su hermana, la Gran Duquesa Xenia, niña de pocos años entonces, se abrazaba á su padre, pidiendo que no la mataran. En medio de aquella desolación, Alejandro III mostró su admirable serenidad.

—Dios nos ha salvado—dijo á la Emperatriz;—no pensemos en nosotros: ayudemos á los demás.

Y se puso á auxiliar personalmente á los heridos. Pero el recuerdo de aquella catástrofe, de que había escapado providencialmente, persiguió al Czar hasta en sus últimos momentos.

Por eso, á veces, que los mismos atentados, era la amenaza continua, la obsesión del peligro de cada instante, la misteriosa persecución que penetraba, sin saber cómo, hasta en las mismas habitaciones particulares del Soberano. El nihilismo, aunque vencido, no estaba aniquilado por completo; de cuando en cuando aparecía en Palacio algún aviso del implacable enemigo. En diversas ocasiones halló el Czar en su cuarto de baño monjes en que se le amenazaba de muerte. Nunca se pudo averiguar quién los había introducido allí. Un domingo de Pascua, sobre

la mesa de su gabinete de trabajo, vió Alejandro III un huevo de color obscuro; abriólo con grandes precauciones y halló dentro un puñal de plata, en cuya lámina se leía: *Prepárate á morir.*

Otro día, según cuenta un periódico francés, vió en un espejo la silueta de uno de los criados en quienes tenía mayor confianza, que se le aproximaba sigilosamente por la espalda con un puñal en la mano. El Czar tuvo bastante sangre fría para dejar acercarse al miserable; de repente volvióse, y lanzándose sobre él, derribó al asesino, medio ahogado por sus manos de Hércules.

Hasta hace muy poco, siguieron reproduciéndose los atentados. En el último viaje á Crimea que hizo Alejandro III, una partida de hombres, armados con fusiles, salió al encuentro del tren Imperial. Los soldados que le custodiaban mataron algunos de los agresores y se apoderaron de otros; pero aunque el Czar y su familia llegaron sanos y salvos, el suceso les produjo impresión profunda.

Otros muchos atentados contra el Emperador de Rusia han referido los diarios ingleses y alemanes. A veces se inventaban estas noticias de sensación con fines censurables; pero en otras ocasiones los hechos eran ciertos, aunque la censura rusa procuraba siempre que permanecieran en el mayor misterio.

No es extraño que el Emperador tuviera siempre el pensamiento en aquella tranquila residencia de Fredensborg, donde pasaba los veranos sin odios ni peligros. Cuenta un periódico que, despidiéndose el Czar al acabar una de estas temporadas, de sus sobrinas, las hijas del Príncipe de Gales, les dijo: «Adiós, hijas mías, vosotras volvéis á vuestro home inglés; yo regreso á mi cárcel rusa.» Es probable que Alejandro III no haya pronunciado nunca estas palabras; pero también lo es que no estuviera muy le-

jos de pensar lo que, como dicho, se le atribuye.

TIJERETAZOS

Tenemos á la vista la relación de servicios prestados en Octubre por la guardia municipal de Barcelona, entre los cuales encontramos lo siguiente:

Conducidos al Asilo de Pobres del Parque: Hombres 190; mujeres 31; jóvenes 5.

¿Dónde comienza el hombre?
¿O dónde comienza la mujer?
O tal vez haya descubierto un tercer sexo la policía de Barcelona.

Más sobre los anteriores servicios:
Reconvenidos por infringir las ordenanzas municipales: Personas 108; tranvías 2; coches 9; carros 216; carretones 9; conductores 4.

¿A qué parte del carrutón se dirigirán los guardias del municipio barcelonés para reconvenirle?

¿A la rueda ó á la chamarra?

«El Imparcial» le ha emprendido con el macute madrileño.

¿Y cómo habla!

Preparémonos para asistir á un escándalo gordo.

Porque la cosa tiene miga, mucha miga.

El diputado carlista Sr. Mella, piensa suscribir en el Congreso una discusión sobre la cuestión religiosa, por medio de una proposición que presentará, pidiendo la unidad de cultos.

¿Qué gana de perder el tiempo tiene el diputado carlista!

¿Cualquier día reforma el Sr. Sagasta la constitución!

Leemos:

«El hombre del día en Europa, el célebre doctor Roux, descubridor de la vacuna contra la difteria, es uno de los más fervientes velocipedistas franceses»

Desde hace mucho tiempo el doctor Roux no emplea otro medio de locomoción que la bicicleta para salvar la distancia que media entre Anteuil y el Instituto Pasteur.

Los habitantes de aquella comarca le

conocen todos, de verle pasar por mañana y tarde como un rayo.

Roux maneja la bicicleta admirablemente: es un verdadero virtuoso.

Está visto que no hay cosa más apropiada para enterarse de cuanto se relaciona con la vida de un hombre, que el que este se haga notable con algo.

Dentro de poco sabremos si el doctor Roux gusta los calabaces sin costura, ronda durmiendo ó le escha mucha azúcar al café.

NOTAS

DE TODA URGENCIA

No vacilamos en encabezar así las líneas que nos proponemos escribir, porque la vida comercial de nuestro puerto se ve desde hace tiempo tan amenazada; por tan rápido y constante descenso se realiza el comercio marítimo de nuestra industria y comercio locales, que de seguir así, de no tratarse por todos los medios, de que siempre dispongan los pueblos activos y trabajadores, de contrarrestar tanta decadencia, pronto, muy pronto tendríamos que lamentar las consecuencias de la gravísima situación que se avecina de completa paralización y marasmo en todos los ramos que han sido otras veces fuente de prosperidad para nuestra Cartagena.

De toda urgencia, si consideramos que es la necesidad de poner remedio á tan desastrosos pronósticos, y para ello no basta que todos y cada uno de los elementos que pueden contribuir á tan grave deterioro, se concierten y le quiten la fuerza, que se debería porvenir que se vigilará.

No basta que todos y cada uno de los entes que forman el cuerpo de la vida de la ciudad, sobradamente abundante ya y que por razón de su íntimo contacto con el medio ambiente, se sientan bien al tanto de lo que puede ocurrir si no se acuerda á tiempo del asunto de la indiferencia, con sus quejas al aire y expresen sus justificados temores ante el aullido que avanza permo de fatal.

Es por tanto de inminente urgencia que todos los organismos, que todas las personalidades que representan algo en el concierto social de nuestra Cartagena

EL HILO DEL DESTINO.

17

En vida plena de comodidades y sin privaciones, no se acordaba como debiera ser.

Pero, nos hemos propuesto escribir una narración, no un ensayo, en el que nos proponemos á cumplir con el deber de la verdad.

Estamos en una habitación de esas á que quisiera más fueras dirigida la atención, una habitación pequeña donde solo se veía una ventana, á la que faltaban algunos cristales, cuyos huecos habían sido cubiertos con papel para evitar la entrada del aire. Ninguna estera cubría el suelo de ladrillos, ningún mueble cómodo convidaba al descanso.

Una mesa de pino y dos sillas formaban el alhajamiento del cuarto, si bien agregamos un catre que ocupaba un rincón, y dos jergones otro de la miserable estancia.

Sobre el catre veíase una manta, una almohada y un libro.

Una cubeta de jergones más que un pedruzco negro, rojo y azul.

En medio de aquella miseria, de aquella pobreza, contemplando en silencio el cuadro de la vida que se veía sobre el catre, de magnitud tan poca como el tamaño del Señor, me acordaba que los habitantes de aquel caserío no siempre se hallaban en tal estado.

Libres cubrían la mesa, libros buenos, libros malos

16 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

largo á partir, trabaja desde la mañana hasta la noche, trabaja hasta que la vista se gasta, y los nervios se debilitan, y el corazón se estremece; pensando que después de tanto trabajar, el sudor de la frente, las veladas, las angustias, solo conseguirán unas cuantas monedas, apenas suficientes para la existencia de un día; y dirigiendo su atención á este cuadro lamentable, entonces es que encontraría el hombre mucho de que compadecerse.

Vería al artesano agobiado con el trabajo, á la costurera luchando con su aguja y su ingrata ocupación, y los vería caer víctimas de la necesidad, y morir por efecto del demasiado trabajo, ó quizás de hambre.

Esta sí que es miseria, y esta es la miseria que menos ocupa la atención.

El mendigo que se presenta al público, que pide y suplica, que halla que le quitan un céntimo y le proporcionan casa, ropaje, y alimentos, y le dan las almas caritativas que le dan limosnas, y que se escapan del pobre que se para, todo, á la cuenta que se le da de pan, y se le dan limosnas para estos efectos, y siempre con su intención, y eliminados de toda clase de sentimientos que le dan, porque tal idea que le presento no quiere que él diga que la miseria que sufre, la miseria que sufre, la miseria que sufre, no la ha olvidado, del que conserva un recuerdo de

EL HILO DEL DESTINO.

18

Calló inmediatamente: si un murmullo se oyó: si el susurro más leve.

El reo subió las gradas, y ayudó al sacerdote á subir.

Se arrodilló á los pies del anciano, cruzó las manos y articuló en voz clara y sonora el texto que el ministro le dictaba.

El anciano le bendijo, y levantándose, le abrazó, y lloró con amargura en sus brazos.

—Padre—dijo el criminal—no se olvide de decirle que morí resignado, y como un cristiano. De decirle también que los heaga bendecir, para que con la ayuda de Dios nos reunamos en un mismo lugar, y que no se olvide jamás de su Antonio que tanto le amo. Esto sereno dijo, y se despidió del sacerdote.

El verdugo se aproximó.

El sacerdote hizo lo mismo. Le volvió á abrazar, y le dio un beso en la frente.

Un silencio aterrador reinaba en toda la plaza.

—¡Hijo mío!—arrojaron los pálidos labios del sacerdote.

Otra pausa terrible.

—¡Hijo mío!—repitió otra vez la voz del anciano, elevando los ojos y manos al cielo, y el eco de aquel grito fue á aspirar en el último escalón del cadaleo. Otro grito, para un grito prolongado salió espontáneamente de la multitud.